

¡Qué quieta te sientas!

Si la sombra de una pestaña se moviera sobre tu mejilla; si esa línea gris alrededor de tu boca rompiera su tensión; si la palidez de tu perfil se entibiara un poco; si ese pequeño músculo en tu frente, justo en la curva de la ceja izquierda, se pusiera en marcha y se contrajera; si te inquietaras un poco, sentado allí bajo mi mirada fija; si movieras un dedo de tus manos cruzadas; si voltearas y miraras detrás de tu silla, o levantaras tu rostro, medio perdido y anhelante, medio amoroso e indiferente, para meditar sobre el gemido contrariado que hace el viento donde yo me interpongo entre él y tú, contra la ventana entrecerrada...

¡Ah, sí!

Suspiras y te agitas, creo. Levantas la cabeza. El pequeño músculo es un cautivo todavía; la línea alrededor de tu boca es tensa y dura; veo que el hueco cada vez más profundo de tu mejilla no tiene un tinte más cálido que la gran columna dórica que la luz de la luna construye contra la pared.

Me apoyo en ella.

Extiendo mis brazos.

Levantas la cabeza y me miras a los ojos.

Si un escalofrío recorriera tu figura; si tus brazos, extendidos sobre la mesa, saltaran una sola vez por encima de tu cabeza; si pronunciaras mi nombre; si aguantaras la respiración de terror, o sollozaras en voz alta de amor, o saltaras, o lloraras...

Pero solo levantas la cabeza y me miras a los ojos.

Si me atreviera a acercarme; si fuera permitido que cruzara la corriente de tu aliento vivo; si pudiera sentir el fluir de la sangre en tus venas; si se me permitiera tocar tus manos, tus mejillas, tus labios; si pudiera colocar un brazo alrededor de tu hombro con la ligereza de un copo de nieve...

El miedo que ningún corazón ha sondeado, el destino que ninguna fantasía ha enfrentado, el enigma que ningún alma ha leído, se interpone entre tu sustancia y mi alma.

Dejo caer mis brazos.

Me hundo en el corazón de las columnas de luz sobre la pared. No me preguntaré qué pasaría si mis contornos se definieran ante tu vista. No pensaré en lo que podría ser si tropezara con tu visión, cara a cara.

¡Ay de mí, qué quieta se sienta!

¡Con qué mirada fija e indiferente me mira a los ojos!

El viento, ahora que ya no me interpongo, entra con envidia. Levanta la cortina y da vueltas por la habitación. Golpea la superficie de la gran columna perlada donde me apoyo. Estoy atrapada dentro de él. Habla por mí. Mudas articulaciones llenan el aire. Las lágrimas y la risa, y el sonido de los labios suaves, y la caída de los gemidos, me poseen.

¿Ella escuchará?

¿Inclinará la cabeza?

¿Se separarán sus labios en reconocimiento? ¿Hay un alfabeto entre nosotros? ¿O tienen los vientos de la noche un vocabulario para alzarse ante sus ojos encerrados?

Nos sentamos juntas muchas veces y hablamos de esto. ¿Te acuerdas, querida? Sostuviste mi mano. Lágrimas que no pude ver, cayeron sobre ella; nos sentamos junto a la gran ventana del vestíbulo de arriba, donde la sombra del arce se va a dormir sobre el suelo en una noche iluminada; la vieja cortina verde agitó sus manos sobre nosotras como un hipnotizador, pensé; como un sacerdote, dijiste.

—Cuando nos separemos, te irás —dijiste; y cuando negué con la cabeza, sonreíste, siempre sonreías cuando decías eso, pero siempre lo decías exactamente igual.

Creo que apenas te entendí entonces.

Ahora que tengo tus ojos en los míos, y no me ves; ahora que extendiendo mi mano y no me tocas; ahora que grito tu nombre y no lo oyes, te comprendo. Había una sabiduría no terrenal en tus palabras.

—Vivir es morir; moriré. Morir es vivir, y vivirás.

Ahora, cuando la fiebre bajó, pensé en esto.

Eso debe haber sido... ¿hace cuánto? Echo de menos la concepción del tiempo.

Sin embargo, recuerdo perfectamente que morí un domingo lluvioso a las tres de la mañana. Tu pequeño reloj estaba en su caja de madera de olivo sobre la mesa, y había gotas en la ventana. Me di cuenta de ambas cosas, aunque tú no lo sabías. Veo el reloj ahora, en tu bolsillo. No puedo decir si las manecillas se mueven, o sólo palpitan de un lado a otro; se paran y señalan, mudos dedos de oro, paralizados y suplicantes, para siempre a las tres.

Cuando dijiste por primera vez que «me estaba hundiendo rápidamente», las palabras sonaron tan antiguas y familiares como un cuento infantil. Te escuché en el pasillo. El doctor acababa de irse, y fuiste donde mamá y tomaste su cara entre tus dos brazos, y pusiste tu mano sobre su boca, como si fuera ella quien hubiera hablado. Ella gritó y levantó sus manos delgadas y viejas; pero permaneciste tan quieta como la Eternidad. Entonces volví a pensar:

—Es ella la que muere; viviré.

Tantas veces y con tanta ansiedad hemos hablado de esa cosa llamada muerte, que ahora que todo ha terminado no puedo entender por qué encontramos en ella una fuente de angustia tan grande. Me desconcierta. A menudo estoy desconcertada aquí. Las cosas y las fantasías de las cosas poseen una relación que todavía me es nueva y extraña. Aquí hay un misterio.

Ahora, en verdad, me parece sencillo decirte cómo me ha ido desde la última vez que tus labios me tocaron y tus brazos me sostuvieron en el aire que se desvanecía.

¡Oh, labios pálidos y tensos! Te dije que vendría. ¿Alguna vez fallé una promesa?

—Vuelve y muéstrame la Muerte —dijiste.

He venido a mostrarte la Muerte. Podría mostrarte la vista más hermosa y más dulce que jamás haya bendecido tus ojos. ¡Mira! ¿No es justo? ¿Soy terrible? ¿Te encoges o tiembles? ¿Te alejarías de mí u ocultarías tu rostro tenso y expectante?

¿Podría ella hacerlo? ¿Lo hará?

¡Ah, cómo se ensanchó la habitación! Podría decirte eso. Se hizo grande y luminosa día tras día. Por la noche, las paredes palpitaban; en torno a ellas corrían luces rosadas, y fuego azul, y una tracería como de sombras de hojitas. A medida que las paredes se expandieron, el aire huyó. Pero traté de decirte cuán poco dolor conocía o temía. Tu rostro demacrado se inclinó sobre mí. No podía hablar; cuando quise, luché, y dijiste:

—¡Ella sufre!

Cariño, ¡sufría muy poco!

Escucha hasta que te cuente cómo llegó esa noche. Cayó el sol y se deslizó el rocío. Me pareció que se deslizó en mi corazón, pero aún así no sentí dolor. Donde las paredes latían y retrocedían, las colinas se abrían paso. Donde estaba la vieja cómoda, por encima del cristal, vi una sola montaña con una cara de fuego y cabello púrpura. Traté de decirte esto, pero dijiste:

—Desvaría.

Me reí en mi corazón por eso.

Mientras la noche encerraba al sol bajo la cara solemne y vigilante de la montaña, las Puertas del Espacio se alzaron ante mí; las puertas eternas de la Materia giraron sobre sus herrumbrosos goznes, y el Rey de las Glorias salió. Todos los reinos de la tierra, y el poder de ellos, me hicieron señas a través de la niebla: ruinas y rosas, y las frentes de Jurá y el canto del Rin; un rayo de luz roja sobre la sonrisa de la Esfinge, y caravanas en tormentas de arena, y un viento helado en el mar, y oro en minas que ningún hombre conocía, y madres sentadas a sus puertas cantándoles a sus bebés; y mujeres en sótanos húmedos vendiendo almas por pan, y el zumbido de las ruedas en fábricas gigantes, y una sola oración en algún lugar de muerte; y el humo de la batalla, y la música entrecortada, y una sensación de lirios junto a un arroyo a la salida del sol, y, por fin, tu cara, querida, completamente sola.

Entonces descubrí que las paredes y el techo de la habitación se habían desvanecido por completo. Sopló el viento de la noche. El arce del jardín casi me roza la mejilla. Las estrellas me rodeaban y pensé que había dejado de llover, pero me pareció oír gotas en lo alto de una ventana que no pude encontrar.

Sólo una cosa colgaba entre la inmensidad y yo. Tu rostro demacrado. Te miré por última vez a los ojos. Más fuertes que la muerte, sostuvieron y reclamaron mi alma. Débilmente levanté mi mano para encontrar la tuya. Más cruel que la tumba, tu agarre salvaje me encadenó. Entonces luché, y gritaste, y tu rostro resbaló, y quedé libre.

Me paré en el suelo, al lado de la cama. Lo que había sido yo, yacía allí en reposo, pero terrible, ante mí. Escondiste tu rostro, y te vi deslizarte sobre tus rodillas. Puse mi mano sobre tu cabeza; no te moviste; te hablé:

—¡Querida, mira a tu alrededor un minuto! —pero te arrodillaste muy quieta.

Caminé de un lado a otro de la habitación y, al encontrarme con mi madre, la toqué en el codo; ella solo dijo:

—¡Se ha ido! —y sollozaba en voz alta.

—¡No me he ido! —grité; pero ella siguió sollozando.

Las paredes de la habitación se habían asentado ahora, y el techo estaba en su lugar sólido. La ventana estaba cerrada, pero la puerta estaba abierta. De repente me inquieté y corrí.

Te rocé al pasar a toda prisa y golpeé el pequeño soporte de luz donde estaban los vasos. Miré para ver si caería, pero solo se estremeció, como si un soplo de viento lo hubiera golpeado.

Pero yo estaba inquieta, y corrí. En el pasillo me encontré con el Doctor. Esto me divirtió, y me detuve.

—Ah, doctor —dije—, no necesita molestarse en subir. Estoy bastante bien esta noche, ¿sabe?

Pero él no me respondió; no me miró; colgó el sombrero, apoyó la mano en la barandilla en la que yo me apoyaba y subió pesadamente.

No fue hasta que estuvo a punto de llegar al descanso que se me ocurrió, todavía apoyado en la barandilla, que su pesado brazo debía haberme barrido y atravesado contra las molduras de roble que él agarraba.

Vi sus pies caer sobre las escalones encima de mí; pero no emitieron ningún sonido que llegara a mis oídos.

—No me molestará ahora con sus grandes botas, señor —dije, asintiendo.

Desapareció de mi vista por encima de mí, y no escuché ningún sonido.

El doctor había dejado la puerta principal entreabierta.

Cuando la toqué, se abrió de par en par y solemnemente. Bajé los escalones. Pude ver que hacía frío, pero no sentí frío. La escarcha estaba sobre la hierba, y en el este había una línea pálida, como la mejilla de alguien que había vigilado toda la noche. Las flores de las pequeñas parcelas cuadradas bajaron la cabeza y encogieron los hombros; había un lirio solitario y tardío que arranqué y acerqué a mi corazón, donde lo olí y me miró amablemente a los ojos. Esto, recuerdo, me dio placer.

Entré y salí del jardín bajo la lluvia torrencial; mis pies no dejaron huella sobre la hierba que goteaba, y vi con interés que la ropa que llevaba puesta no acumulaba humedad ni frío. Me quedé un rato meditando en la plaza, en la silla de jardín, sin ganas de entrar. Hacía tantos meses que no me sentía capaz de sentarme en la plaza al aire libre.

—Poco a poco —pensé, entraría y subiría las escaleras para verte una vez más.

Las cortinas de las ventanas del salón estaban corridas y pasé y volví a pasar, mirando hacia adentro.

Todo esto sucedió mientras este se calentaba, y el aire acumulaba débiles calores y luces a mi alrededor. Recordé, en ese momento, el viejo cenador al pie del jardín, donde, antes de enfermarme, nos sentábamos tanto juntos.

—Se sorprenderá al saber que he bajado sola —pensé.

Tenía la intención de volver y verte, querida, una vez más. Vi las luces en la habitación donde había estado enfermo, arriba; y tu sombra sobre la cortina; y la bendije con todo el amor de la vida y de la muerte.

El aire estaba cargado de la dulzura de las flores moribundas. Los pájaros despertaron, el cenit se iluminó, y salud estaba en mis extremidades. El viejo cenador me tendió sus suaves brazos, pero yo estaba inquieta y corrí.

El campo se abrió ante mí, y prados con amplios senos, y un río brilló ante mí como una cimitarra, y los bosques entrelazaron sus manos para detenerme, pero estando inquieta, seguí corriendo.

La casa menguaba detrás de mí; y la luz en mi cuarto de enfermo, y tu sombra en la cortina. Pero, sin embargo, estaba inquieta y corrí.

En un abrir y cerrar de ojos caí en un lugar solitario. Había arena y rocas en él, y un viento que caía. Hice una pausa, me arrodillé en la arena y medité un poco en este lugar. Reflexioné sobre ti, sobre la vida y la muerte, sobre el amor y la agonía; pero éstos se habían alejado de mí, tan oscuros y distantes como el viento. Una sensación de solemne expectativa llenó el aire. Un temblor y una angustia envolvieron mi alma.

—¡Debo estar muerta! —dije en voz alta.

Apenas hube hablado, supe que no estaba sola.

El sol había salido, y en una saliente de roca antigua, roja y manchada por la intemperie, había caído sobre mí el contorno de una Presencia levantada contra el cielo, y dándome vuelta repentinamente, vi...

Es lícito decirlo, pero la expresión se me ha escapado. Es lícito hablar, pero una ley mayor me retiene. ¿Estoy borrada de tus desolados ojos fijos? Labios que mis labios mortales han besado, ¿no podéis estremeceros cuando lloro? Alma que mi alma eterna

ha amado, ¿puedes estar envuelta en mi presencia y no brotar como una fuente para mí? ¿No sabrías cómo me ha ido desde que tus ojos percederos contemplaron mi rostro muerto? ¿Qué vieron mis ojos, u oyeron mis oídos, o concibió mi corazón sin ti? ¿Si te he extrañado o llorado por ti? ¿Si te he mirado o anhelado, marcado tus días solitarios y noches de insomnio, oído el monótono eco de mi nombre sin respuesta? ¿No lo sabrías?

¡Pobre de mí! ¿Podría ella? ¿No lo haría ella? Mi alma me maltrata con un miedo solitario e inigualable. Soy llamada, y me deslizo de ella. Me llaman y la pierdo.

Su rostro se oscurece y sus manos juntas y solitarias se desvanecen de mi vista.

¡Es hora de decirle algo! ¡Es hora de susurrar una palabra atesorada! ¡Un momento para decirle que la Muerte es muda, porque la Vida es sorda! Un momento para decirle...